



SERGIO CHEJFEC

Una libreta migrante

Página 3



CONTRATAPA

Historias del Salvaje Oeste

Página 4

  
**télam**  
AGENCIA NACIONAL  
DE NOTICIAS

# SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 4 | NÚMERO 198 | JUEVES 17 DE SEPTIEMBRE DE 2015



Guía poética de la calle Lavalle

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | [www.ahra.com.ar](http://www.ahra.com.ar)

"Estoy en pleno proceso, no hay ninguna respuesta definitiva", escribe el sueco Henning Mankell, dejando atrás las novelas policíacas protagonizadas por el célebre Inspector Kurt Wallander que lo hizo famoso en todo el mundo para abordar una historia personal, que se arma a partir de enterarse de que padece un cáncer del pulmón, con una escritura donde devela su propia vida. Escrito en primera

persona, *Arenas movedizas* (Tusquets) sitúa al lector de entrada en la enfermedad del autor. La posibilidad de la muerte, "una condición trágica inherente al ser humano", adquiere nitidez, entra en el campo visual del narrador, que no titubea en volcar sobre el papel ese caos emocional del primer momento y que se diversifica a lo largo del relato, a través de recuerdos, libros, imágenes, lugares, reflexiones.



# Guía poética de la calle Lavalle



**"E**stá escrito el final/ quiero escribir el principio / puedo reescribir el final/ estoy escribiendo el principio/ un proyecto, una idea inicial/ recorrer las cuarenta y una cuadras/dirección este a oeste/de calle Lavalle", escribe Juan Pablo Bertazza en su nuevo libro de poesía *Calle Lavalle*, recientemente publicado por el sello Bajo la luna, si no a modo de comienzo, al menos una especie de canto o confesión inicial bien arraigada a una tradición poética bien definida donde resuenan los autores a los que siempre vuelve: Dylan Thomas, Pavese, Girondo, Jacques Prevert y Daniel Chirom. El estilo de Bertazza deslumina con su singular mirada sobre el mundo: poemas donde el lector se siente gramete guiado, una especie de caminata conjunta donde el pasado de toda la calle Lavalle asoma en pequeños detalles, quiebra la medida del tiempo y hace de cada momento un pliegue, como un lugar habitable de manera atemporal, vale decir tan eterna como la ciudad que imagina el poeta. "La idea surgió por una cuestión puramente instintiva o, tal vez, sensorial: cada vez que pasaba por la peatonal Lavalle sentía una especie de imán, es un lugar que desde siempre me atrajo mucho: quizás tenga que ver con ese contraste de luz y claridad. Y por supuesto la presencia estar de los artistas callejeros, como el caso del flautista que se viste todo de blanco parece un fantasma", dice Juan Pablo Bertazza durante la entrevista a *Tilman*, a propósito de la idea inicial que motivó la escritura del libro que le llevó cerca de un año de trabajo.



JUAN PABLO BERTAZZA. UNA MIRADA SINGULAR SOBRE LA PEATONAL PORTAÑÍA QUE ASOMA EN PEQUEÑOS DETALLES.

tivo de la policía metropolitana para advertirme que no lo intento más, que el tipo no habla una palabra con nadie. De todas formas, sabía que era brasileiro pero nada más. La cuestión es que si bien el tipo ni siquiera toca la flauta (solo le arrea algunas pocas notas desafinadas) no se puede dejar de sentir algo cuando se lo escucha, y eso también suena un poco como los ecos de otro momento de la historia. Ideas de ese estilo combinadas con la extrañeza fascinada que aun hoy me produce pasar por ahí, me llevaron a escribir un libro que recorrería cada cuadra de esa calle, y la primera decisión que tuve que tomar, y me costó bastante, fue si me limitaba a la peatonal o tomaba toda la calle que llega hasta el Barrio de Almagro. Y cuando me di cuenta que cada parte de la calle tenía algo interesante que decir, decidí que iba a incluir las 41 cuadras. En la parte de Tribunales, por el momento, los comercios y negocios vinculados con lo legal, tuvo lugar la Revolución del Parque de 1890 que, si bien en algún punto terminó fracasando,

marca el comienzo de un cambio importante a la hora de pensar la política. Antes de cruzar Calles, y de nuevo el tema de la política, está uno de los sótanos en donde tuvieron lugar las reuniones de Forja (aunque ni siquiera hay una chapa con el número de la altura). En la zona de Once aparecen los templos, y los típicos negocios de cotillón, maniques y telas que son realmente impresionantes porque además están todos juntos. En febrero de 2008, en uno de esos locales de la empresa Ciudad Cotillón ubicado al 2257, se produjo uno de los incendios que más tiempo tardó en apagarse en la historia de Buenos Aires. Es decir que toda la calle merecía ser contada.

**Hay un planteo muy original en el libro donde el pasado y el presente conviven desde un trabajo notable de perspectiva**

Es un tema importante porque un mismo libro puede ser un libro los fui contando 3 algunos amigos, Nacho Mazzeo, Santiago Ripoll, Javier Sharbati, Nicolás Pose y César Resach, lo que iba haciendo, y a quienes aprovecho para agradecerles. Ellos a su vez me fueron dando también algu-

nos datos acerca, por ejemplo, de los personajes bizarros de la peatonal. Antes del gigante o el tipo que está todo tatuado de los pies a la cabeza, y también una cosa bastante impresionante: un edificio ubicado en Lavalle entre Uruguay y Paraná que tiene una especie de escalera caracol llena de cruces esvásticas de hierro. El ingeniero chico del edificio se llama Jacobo Sirin, que aparentemente construyó también un templo ubicado en la misma calle Lavalle pero en Balvanera. Cada uno de esos hallazgos merecerían una investigación y de hecho por un momento se me pasó por la cabeza la idea de escribir una especie de ensayo acerca de la calle, algo así como el que hizo alguna vez Marechal pero de la calle Corrientes. Sin embargo, y aun a riesgo de perder muchos lectores, decidí mantener la idea original y escribir un libro de poesía. No es un capricho: considero que solo a través de la poesía puedo decir cosas interesantes, y el libro todo, generar esa oblicuidad entre historia y presente, entre anécdota y descripción a la que intentaba acceder.

**¿Pasa la poesía como un modo de acceso al conocimiento? Me refiero a la relación con la historia.**  
Sigo pensando que solo a través de la poesía podían llegar a convivir las palabras de un diletante que se acuerda del día que le hizo un retrato a la tigre Acaña, los nombres anteriores que tuvo la calle y la culpa que carcomió a Lavalle por haber mandado a matar a Domingo, que, dicho sea de paso, fue quien lo recomendó para entrar al ejército de San Martín, con lo cual esa sigue siendo una historia increíble de amistad y traición, a la altura de la de Pat Garrett & Billy The Kid. En algún punto lo que pienso es que Lavalle es poesía pura, poesía de distintos géneros y estilos pero poesía al fin. Hay como una secuencia que sigue la calle, una cantidad enorme de simetrías y motivos que van recorriendo los 41 cuadras. El tema de la cuestión jurídica es uno de los grandes tópicos porque además del momento mencionado, también protagonizó una historia en el ABC Bierhaus, un restaurant alemán de la peatonal altura San Martín que aun sigue existiendo, el mismísimo Oskar Schindler, y por supuesto también aparece en el libro. También por alguna razón hay una proliferación de farmacias a lo largo de toda la calle y también de camiones de mudanzas. Pero lo que más me sorprendió de todo es un negocio relativamente nuevo de la marca Xenon, ubicado en Lavalle y Rosalinda, que vende accesorios y tecnología relacionada con el cine y tiene una especie de pequeño museo con objetos antiguos de los viejos cines de la calle Lavalle: una urna en la que se metían los talones de las entradas de las películas y una botaca de madera con patas de fundición de hierro con un compartimento para poder guardar el sombrero, lo cual era obligatorio por una ordenanza que siguió en vigencia hasta el año pasado. Me parece que esa referencia directa de manera tan honesta y contundente a los cines de la peatonal me pareció magnífico porque me sirvió para confirmar que Lavalle es, también, una calle que se homenajea a sí misma, es una calle autoreferencial.

Hombres enamorados, perseguidos por mujeres u obsesionados con la idea del amor transmiten el nuevo libro de Martín Kohan, que bajo el nombre de *Cuerpo a tierra* (Eterna Cadencia) reúne diez cuentos impregnados de lo extraño, lo perturbador, lo repulsivo y también lo humorístico. En las historias se cruzan Martín Fierro y Cruz entreverados en una relación amorosa; un camionero que

se obsesiona con la idea –para él amenazante– de transportar animales en la noche; un hombre que se ve impelido a cruzar el río a pie ante la bajante para recuperar a la mujer que ama; un hombre decepcionado al descubrir la infidelidad de su ex mujer. Protagonistas masculinos rozados o heridos por amor. El escritor publicará en noviembre un libro de ensayos sobre el amor.



→ EDGARDO H. BERG

Desde hace un tiempo a esta parte, el escritor argentino Sergio Chejfec ha venido reflexionando sobre los cambios que trae aparejado la sustitución y la permutación de la escritura manual y mecánica por el desarrollo de los nuevos formatos digitales. En lecturas recientes y atendiendo a procesos escriturarios contemporáneos, se ha detenido en la parcial imbricación de los relatos con la iconografía visual o analógica como formas de validación externa de la literatura y prueba documental. Al modo de ciertas instalaciones contemporáneas, los mapas en línea, los videojuegos o los simuladores de manejo en pantalla para principiantes, esas nuevas formas de ensamblaje y actuales dispositivos escriturarios permiten pensar al autor, en la transformación del viejo concepto de imitación (desplazando la categoría de representación) por el de la simulación; como si en verdad, estaríamos atravesando una nueva fase o estado del realismo. Una forma pensar, si se quiere, la actual interrogación sobre la paulatina descomposición del hecho literario; basta recordar su ensayo *El punto vacilante* (2005), algunas notas de lectura que circulan en revistas o por la red, la reproducción de sus manuscritos en su conocido blog "La parábola anterior", su artículo "Lo que viene después", producto de su intervención en un encuentro realizado en la ciudad de Sevilla sobre "Literatura y después. Reflexiones sobre el futuro de la literatura después del libro", en el mes de abril del año 2012, o las incrustaciones fotográficas en algunos relatos de su libro *Mado Interim* (2013).

En *Últimas noticias de la escritura*, publicado recientemente por la Editorial Interim en su colección "Voces del presente", se coloca en el centro de sus reflexiones algunas ideas e hipótesis sobre el estatuto actual de la escritura y del arte contemporáneo.

Los nuevos protocolos tecnológicos y las trasposiciones escenográficas de algunas herramien-



## Una libreta migrante

tas digitales en la esfera del arte, parecen dar muestra de esta incipiente modificación, al poner en peligro no sólo el principio de secuencialidad literaria; sino también, al mismo tiempo, correr, a partir de ciertas experiencias colectivas, la noción e imagen de un autor único e indivisible. Testimonios estéticos donde el pasadocultural (libresco) parece disolverse o petrificarse en anaquelos polivalentes; o permanecer foilizado en bibliotecas destinadas al paseo errante de anacrónicos investigadores, eclipsados bajo la irradiación insonme de sus cristales ópticos.

Si el comienzo de *Últimas noticias de la escritura* se abre con la letra manuscrita de Salvador Garmendia que sirve como epígrafe al ensayo, una presencia fantasmática invade el texto. En este sentido, el último libro de Chejfec puede ser leído como la historia de una libreta donde se registra, los pasos errantes y peregrinos de la experiencia de investigación. El texto, el método, los apuntes, como amuleto u objeto de una superstición literaria, acompañará al escritor desde sus iniciales copias y transcripciones

de historias kafkianas a los actuales croquis y bocetos literarios. Ideas, proyecciones y esquemas que parecen surgir de la cohabitación, intensa o pasada, en algunas estaciones de la vida del escritor, con una vieja libreta verde.

Los lazos conflictivos y tensos entre la escritura manual y la digital será uno de los motivos centrales que el autor recorrerá en su último ensayo. Así, el recuerdo de la experiencia de la escritura en su modo manual, el repiqueo mecánico de los golpes sobre las teclas, o el imborrable timbre de un carro en su fricción sobre una tela entintada, reaparecerán en algunas prácticas artísticas como certificación actual de la simulación caligráfica y reproducción analógica de sus precursores materiales. Frente a la titilación incandescente de la pantalla socialista, si se quiere, las formas de una historia del desplazamiento. La intriga o el misterio de la escritura manual ingresarán, otra vez, en la contemporaneidad, bajo nuevos protocolos de investigación que modificarán el sentido y el concepto material de su inscripción.

Es así, como en la reverberación de algunas experiencias, tanto literarias como plásticas; se repone la garantía de verdad de los manuscritos, y, en fricción con los

anuncios proféticos de Walter Benjamin, asistimos a un retorno aurático. Ciertos empeños grafológicos en actuales formas de reproducción y de transcripción digital, son así puestos de relieve para poner de manifiesto algunas formas de la mediación problemática con el estatuto previo, físico y material de la grafi manual. Las instalaciones borregas y menardiadas de Fabio Kacerro, las transcripciones ilegibles en la serie sesiones performativas de Jim Yould, con su descomunal proyecto de reproducir mecánicamente cien obras de la literatura universal, los manuscritos encuadernados e ilustrados a mano en Joaquín Torres García, el repertorio de trazos ilegibles y asémicos de Mirtha Dermisache, o el proyecto de Esteban Fume con sus *Fotografías de libros intervenidos por 99 escritores*, son puestos, a modo de ejemplos, como pruebas de la reproducción icónica del original o como retorno de los manuscritos por otras vías. Si nada más que el gesto de un dedo sobre las inscripciones reemplazan el lugar social que antes tenía la novela en el siglo XIX, ahora, los nuevos protocolos y principios

constructivos parecen preannunciar modalidades del realismo por fuera de sus antiguos convenciones. Los subrayados, las anotaciones, las huellas de la manipulación física en los diarios, libretos o manuscritos, parecen resurgir con las técnicas analógicas del escaneo y por las reproducciones icónicas de los originales. Es así como Chejfec recorre y analiza las *Matices* de Agustín Fernández Mallo, los relatos-esquemas donde se repite, bajo los efectos del mapa digital, los trayectos urbanos de Smithson por New Jersey; las instalaciones verbales de Lorenzo García Vega que tienden a desacomodar la temporalidad literaria habitual; o las entradas y las cadenas virtuales como búsqueda de una nueva sintaxis en Carlos Gratin, ya sea en *Cherhygr (japan)* o en *El peripetismo es como*.

Y cuando el oleaje de la memoria vuelve a traer el recuerdo grávido del encantamiento juvenil por el descubrimiento y la lectura de los papeles personales de Enrique Verribe, en viejas páginas de la revista *Crisis*, la reproducción visible de la letra única y privada del autor en su libreta, en una imagen como prueba tangible, inscribirá las instantáneas reflexiones sobre lo efímero en el arte a partir de un collage de César Aira. Las transformaciones perpetuas de las figuras sobre los pliegos de un papel delgado y ligero, a modo de ofrendas que los parroquianos entregan a una niña que corretea entre las mesas de un café, parecen disolverse, mientras su imperturbable madre dialoga con el autor, al mismo tiempo que el ama, luego de una consulta oftalmológica, anota el título de su futuro proyecto.

Es verdad como dijo alguna vez Nicolás Rosa, el hombre pudo no haber escrito jamás y por ende no haber leído jamás. Las actuales tecnologías de comunicación, en sus diversos registros y formatos, inciden en nuestra vida cotidiana y articulan nuevas formas de espacio que parecen ocultar las intrigas y los misterios de la escritura. En una línea del tiempo, las vacilaciones e incertidumbres de la letra sobre la pantalla son acompañadas por un cuadro verde medio oculto sobre la mesa.

El libro *Obra poética* (Leviatán) recupera los poemas escritos por Leopoldo Marechal (1900-1970) desde el primer poemario que escribió, *Los aguilucho*, hasta su producción de 1966, apenas cuatro años antes de su muerte, y algunos poemas casi desconocidos, publicados de manera póstuma. El volumen contiene un repaso acabado de la poética de Marechal y muestra el primer romance literario de

este ensayista, cuentista, dramaturgo y novelista, recordado por Adán Buenos Aíres, novela emblemática de la literatura argentina. Entre los poemas dispersos y poco conocidos —muchos recopilados por las hijas de Marechal— están los románticos y juveniles “La antigua canción” y “Canción del amor que llama” (Plus Ultra, 1924), así como la oda “Omár Khayyam”, publicada en *Caras y Caretas* el mismo año.



CONTRATAPA

→ VICENTE BATTISTA

# Historias del Salvaje Oeste

En marzo de 1865 y luego de cuatro años de guerra, Robert E. Lee, general estadounidense que encabezó los Estados Confederados de América durante la Guerra de Secesión, rindió sus tropas ante el general unionista Ulysses Grant, se ponía fin a un conflicto centrado en dos modelos antagónicos, la economía del Norte, industrial y antiesclavista, frente a la del Sur, agraria y esclavista, pero se iniciaba otro conflicto latente que, en este caso, envolvía a dos nuevos puntos cardinales: el Este y el Oeste. Civilización y barbarie. Este último mote le cabía a ese territorio inhóspito en el que habitaban los pueblos originarios, auténticos dueños de esas tierras. Hacia allí se orientaron largas caravanas de colonos, el triunfante ejército del Norte y numerosas y conspicuas figuras del derrotado ejército del Sur. Los sioux, los comanches, los apaches y otro buen número de tribus lo aguardaban del otro lado de la frontera.

Los llamaban “El Salvaje Oeste” y era el nombre que mejor le caía. A mediados del siglo XIX comenzó la conquista de un territorio en donde los conflictos se resolvían a punta de Winchester o de Colt y donde la razón invariablemente estaba de parte de quien mejor disparara. Una saga de cáñamo fuerte y la rama de un árbol alto bastaban para ejecutar a los acusados por crímenes o robos; la mayoría de las veces se prescindía de los juicios previos a la sentencia.

A Nueva York llegaban noticias de ese territorio mítico y violento. En 1860 David J. Cook, que había sido sheriff y lo largó después de haber escrito un libro tan extenso y categorico título: *Malos arribos! O veinte años de vida en un detective en las montañas y en las llanuras*. En sus páginas ofrecía diferentes consejos: “Cuando intentes arrestar a un delincuente, ten el revólver en tu mano o alístate

para desenfundarlo. Mi lema ha sido: ‘es mejor matar dos hombres que permitir a uno matarte’. Nunca confíes en el honor de un prisionero, nueve de diez no tienen honor.” Esos delincuentes, entre muchos otros, eran los hermanos Jesse y Frank James, célebres por el alto número de robos cometidos, Wild Bill Hickok, de cuya muerte en el salón Nuttal & Mann’s de Deadwood, surgió la combinación de poker conocida como “La mano del muerto”, y Billy The Kid, que cuando lo mataron, a los veintidós años de edad, cargaba en el mismo número de metralletas en la empuñadura de su revólver. Hoy miles de películas dan testimonio de estos personajes de esa época. Se conserva una sola foto de Billy The Kid, se trata de un ferrotipo tomado en la puerta de un salón de Nuevo México, pocos meses antes de que lo matara el sheriff Pat Garrett. La foto, por la que Billy The Kid habrá pagado veinticinco centavos de dólar, se compró en una subasta en Denver, en 2007, por dos millones trescientos mil dólares.

En 1868 la revista *Overland Monthly* comenzó a publicar una serie de cuentos autorados en California. El autor de esas “breves y patéticas obras maestras”, según palabras de Borges, era Francis Bret Harte. El Oeste Salvaje se proponía como tema literario. En 1869 los editores del *New York Weekly* convocaron a Ned Buntline, el más popular de los escritores de aventuras de aquellos años. Le encomendaron que se trasladara al Oeste, que recogiera las historias más apasionantes y que regresara a la civilización para contarlas.

El destino de Ned Buntline era el Gran Oeste, la gran Nortada. Iba al encuentro del mayor Frank North. Podría ser el personaje ideal, hombre de muchas batallas, ahora estaba al frente de



BUFFALO BILL.

tres compañías que luchaban contra las tribus Sioux. Pero el mayor North tenía pocas ganas de contar su vida y menos aún sus hazañas. Buntline no disimuló su descontento: había cruzado medio territorio en vano. El mayor North se apiadó de Buntline y le sugirió que entrevistara a un joven soldado de su compañía: “Se llama William Cody, aunque todo el mundo lo conoce por el apodo de Buffalo Bill”.

El mayor no se había equivocado: el joven soldado tenía apenas diecisiete años, pero había sido voluntario para combatir las tribus indias en Kansas y de pequeño conoció la peligrosa presencia de los osos, los lobos y los indios sioux. Aprendió a montar antes que a caminar, a los nueve años era habil en el manejo del rifle y un exper-

ciso tener valor y puntería. No cualquiera es capaz de pararse frente a una manada de búfalos salvajes y comenzar a hacer fuego con el fusil. Triunfaba quien con menos tiros bajaba a sus animales. El rival de William Cody a duras penas pudo voltear a cuarenta y seis búfalos. William Cody mató a sesenta y nueve y se ganó el apodo que lo acompañaría a lo largo de toda su vida.

Ned Buntline no había hecho el viaje en vano. Regresó a Nueva York y poco tiempo después apareció *Buffalo Bill, el rey de la frontera*, el primero de la larga lista de libros que escribiría. El éxito fue inmediato, los lectores se multiplicaron y los editores invitaron a Nueva York al héroe de esas novelas. Alentado por el éxito, Ned Buntline se aventuró a componer una pieza teatral, *Los exploradores de las praderas*, y se asoció con Buffalo Bill en una empresa de espectáculos. Buffalo Bill demostró ser un excelente actor, aunque esto le jugaría una mala pasada: ciertos críticos neoyorkinos sostuvieron que el héroe del Oeste era un gran farsante. La empresa que habían montado corría peligro de derrumbarse. Ned Buntline y Buffalo Bill comprendieron que había un solo modo de callar a esas lenguas agoreras: ambos se trasladaron al Oeste rodeados de periodistas y allí mismo concertaron un duelo a cuchillo entre Buffalo Bill y el jefe sioux Mano Amarilla. El duelo se publicó a la manera de un gran espectáculo. El testimonio de los periodistas que lo presenciaron fue terminante: Buffalo Bill había matado impunemente a Mano Amarilla. A partir de ese momento nadie dudó del rey de la frontera ni de las historias que contaba Ned Buntline.

Los códigos del Salvaje Oeste habían llegado a la civilizada Nueva York. Hoy, por fortuna, no es necesario afrontar tanto riesgo para encabezar la lista de best seller y cumplir con las inenarrables leyes del mercado.